

la inteligencia, la muerte en el corazón, la humillación ante Dios, la deshonra ante el mundo.

EL PUEBLO. ¿Y cómo se puede hacer esto?

Queremos rey, cetro y espada.

SAMUEL. ¿Por qué?

¿Lo queréis? Cúmplase vuestra voluntad.

SAMUEL. ¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

¿Y si no queréis?

XIV.

SAMUEL.

Siervo, conoces bien al pueblo de Israel.

ORIEL.

La conciencia del esclavo será algún día la conciencia de la humanidad.

SAMUEL.

¿Qué quiere decir humanidad? ¿Qué significa esa palabra?

ORIEL.

Tú no puedes comprenderla ahora, pero algún día la comprenderán los hombres. Y entonces habrán concluido los esclavos y los reyes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO



SAMUEL.

¡Funesta palabra esa palabra rey!

ORIEL.

Tu pueblo te ha encargado de buscar uno , y es necesario que le busques por todas las tribus de Israel.

SAMUEL.

¡Terrible encargo!

ORIEL.

Busca un hombre que sea muy hermoso para que al mirarlo se extasién las mujeres; y que sea muy alto , para que al verlo se crean sus inferiores los hombres. Luego vístelo muy vistosamente. Que su túnica tenga todos los colores del iris, y sea de las telas más crugientes y deslumbradoras. Que su manto de escarlata penda de sus hombros, y sobre el manto á su vez caiga un rocío de oro, una escarcha de plata. Busca el relicario más rico y cuélgaselo del pecho. No estarian

demás algunas campanillas en el relicario. Dos brazaletes de oro macizo deben morderle los puños como dos serpientes. Siébralo de rubies y de esmeraldas con oriental profusion. Sean sus sandalias cuajadas de pedrería; á fin de que todos deseen ponérselas sobre la cabeza. De su cintura deben caer como arroyos, las perlas y los diamantes. En torno de su garganta deben brillar las más verdes y más grandes esmeraldas. Si tienes á mano algun mejunge no dejes de emplearlo en adobar su rostro, y en teñir sus labios y sus cejas. Pónle sobre la frente una corona deslumbradora , en la mano izquierda un cetro, en la derecha una espada, y cuelga de cada una de sus orejas un zarzillo como un plato. Y con todos estos disfraces ya tienes , profeta , ya tienes un rey.

SAMUEL.

¿Y qué cualidades morales he de buscar en el rey?

ORIEL.

Ninguna.



SAMUEL.

¿Cómo ninguna? Tienes bien extrañas ideas, siervo.

ORIEL.

Te basta con que deslumbre. No há menester más.

SAMUEL.

¿Un rey no habrá de ser sábio?

ORIEL.

Podrá serlo antes de subir al trono. Pero en el trono perderá toda sabiduría, porque en el trono está condenado á no oír jamás la verdad.

SAMUEL.

Asiento á esa afirmacion tuya, si, asiento de todo corazon.

ORIEL.

Pues examina las demás buenas cualidades hu-

manas y verás que todas son inútiles ó dañosas para un monarca.

SAMUEL.

Ni siquiera le concedes la necesidad de ser virtuoso.

ORIEL.

Bueno fuera; pero es imposible.

SAMUEL.

¿Cómo imposible?

ORIEL.

Sí, sí, imposible.

SAMUEL.

¿Por qué, por qué?



ORIEL.

Lo has dicho tú en la oracion pronunciada ante el pueblo contra la institucion del rey.

SAMUEL.

¿Yo?

ORIEL.

Sí, tú.

SAMUEL.

Desenvuelve tu idea. ¿Eres un mago?

ORIEL.

Soy un desgraciado, y he aprendido en la desgracia á conocer la vida humana.

SAMUEL.

Desenvuelve, desenvuelve tu idea.

ORIEL.

Escoge para rey el hombre que te parezca más virtuoso. La adulacion emponzoñará con el veneno de la mentira y la lisonja su oido y su conciencia. Los cortesanos le ofrecerán tropiezos, las cortesanas placeres. Las riquezas enervarán sus fuerzas, y al mismo tiempo que enervan sus fuerzas, enervarán su carácter. La satisfaccion de todos los deseos, la saciedad de todos los apetitos, le volverán malvado é imbécil. Su pueblo le merecerá igual concepto que el eunuco encargado de celar el serrallo y velar el sueño de sus meretrices. Los soldados le merecerán igual concepto que las bestias de carga destinadas á faenas provechosas para sus dueños. Como todos temblarán en su presencia, concluirá por despreciar á todos. Y al ver las frentes que se inclinan, las rodillas que se doblan, las manos que se cruzan, los lábios que murmuran alabanzas á su sola presencia, se creará un dios exento de rendir culto á la moral, ni de obedecer sus prácticas. Poco á poco, aquel rey será miserable instrumento de todas sus pasiones, y miserable esclavo de todos sus apetitos. Si fuera sólo él, sólo el corrompido... Pero tambien, tambien será corruptor.



SAMUEL.

Calla, calla. Busquemos el rey, busquémoslo, ya que mi pueblo ha caído en este nuevo pecado. ¿A qué selva iré en su busca? ¿Qué madriguera registraré para encontrarlo? Será preciso que en él concurren la fuerza y la ferocidad; porque mi pueblo, el pueblo de Israel, quiere sentir el látigo sobre las espaldas. ¿Dónde buscaremos un rey?

ORIEL.

Busca en las monarquías, antes que todo, apariencias de ostentación y de riqueza. Yo he visto pasar un joven, de la tribu más humilde, pero de la estatura más alta. Corónalo en buen hora; ponle un manto muy rojo, y una diadema muy áurea. Los hombres le creerán superior porque es fuerte, y las mujeres porque es hermoso. Háme preguntado por ti; puedes verlo. Su padre le envió á esta tierra en busca de varios borricos que se le han extraviado. No encontrará los animalillos perdidos, pero encontrará algo que se le parezca en ese pueblo que quiere y busca rey.

SAMUEL.

¿Dónde está, dónde?

ORIEL.

Aguarda, voy en su busca.

SAMUEL.

No le anuncies su fortuna.

ORIEL.

Se burlará del esclavo; pero si tú, juez de Israel, se lo anuncias, no se burlará del profeta.

SAMUEL.

¿Has dicho que es alto?

ORIEL.

Su cabeza se elevará un codo sobre la cabeza de todos los hebreos.



SAMUEL.

¿Has dicho que es fornido?

ORIEL.

Su brazo detendrá un carro lanzado á toda carrera.

SAMUEL.

¿Has dicho que es hermoso?

ORIEL.

Su rostro deslumbrará los ojos de todas las hebreas.

SAMUEL.

Pero no me has dicho si te parecia bueno, justo; y yo he de rendir estrecha cuenta en presencia de Dios.

ORIEL.

Es inútil. Malo, se agravará su maldad en el trono. Bueno, se tornará perverso. La corona es

una serpiente. Su primer mordedura se traga la conciencia.

SAMUEL.

Le convidaré á mi mesa. Le reservaré la espalda del cabrito. Le anunciaré la eleccion á que le designa Dios. Le ungiré con aceite. Y le recitaré los mandamientos de justicia que ha de obedecer y que ha de alzar entre él y su pueblo.

ORIEL.

Los mandamientos! Inútil, inútil trabajo.

SAMUEL.

¿Por qué?

ORIEL.

¿Por qué? Porque los violará todos.

SAMUEL.

Yo me satisfaré en recordárselos. Yo le allana-



ré todos los caminos. Yo, en prueba de mi afecto, le regalaré un collar, un camello y un siervo.

ORIEL.

¿Qué siervo le regalarás á la par del collar y del camello?

SAMUEL.

Tú ; magnífico regalo ; tú serás entregado por mis propias manos al rey.

ORIEL.

¡Yo, yo, yo! Así son los amos y así somos en esta tierra de justicia los esclavos. Y sin embargo, óyeme. Un esclavo era Moisés delante de Faraon, y un esclavo soy yo, sin nombre, sin hogar, sin familia, delante de tí. De mi cuna ni hay noticia, y sobre mí sepultura no caerá una lágrima. Pero muchas veces el cedro del Libano, que ha desafiado los tiempos y los huracanes, cae al suelo cubierto de invisibles insectos. Así las ideas que parecen más firmes, los templos que parecen más sólidos, los pueblos que parecen más fuertes, cae-

rán un día devorados por estos insectos que explotais hoy á vuestro arbitrio, y regalais á vuestro capricho.

SAMUEL.

Esclavo, no te entiendo.

ORIEL.

Algo, que no es tu oído, me oye ; algo, que no es tu inteligencia, me comprende.

SAMUEL.

Esclavo, vé en busca del rey de Israel.



## XV.

SAMUEL.

Pueblo, pueblo. La trompeta te llama. Corre, corre ante tu antiguo juez.

EL PUEBLO.

Samuel, comparecemos á tu voz.

SAMUEL.

¡Cuántas veces la habeis desoido! Vosotros sois los preferidos de Dios, por vuestro origen, y sereis los odiados del mundo por vuestra ingratitud.

EL PUEBLO.

Samuel, mucho tardas en buscarnos el rey

que te pedimos, y que para nuestro gobierno necesitamos.

SAMUEL.

Yo he sido juez en la federacion de Israel. Yo he mandado, con arreglo á justicia, sobre vosotros, sobre vuestros hijos, en esta República fundada despues del largo cautiverio sufrido por vuestros padres en Egipto. Yo era delante de vosotros responsable. Ahora vais á erigir una autoridad, soberbia, omnipotente; ahora vais á fundar una monarquía que creará suyos vuestros hijos, cuyas vuestras hijas, su voluntad ley, su capricho justicia, por más códigos que yo escriba, y más avisos que el cielo le dé.

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

Lo sé, y lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.



SAMUEL.

Hoy mismo.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAMUEL.

Que no sea ese viva vuestra muerte.

EL PUEBLO (con más fuerza).

¡Viva, viva el rey!

SAMUEL.

Pero ¿quereis escuchar á vuestro juez?

EL PUEBLO.

Ya lo oimos.

SAMUEL.

¿Sabeis lo que eran vuestros padres?

EL PUEBLO.

Esclavos.

SAMUEL.

¿Sabeis quién los sacó de la esclavitud?

EL PUEBLO.

Moisés.

SAMUEL.

Jehová, que inspiró á Moisés.

EL PUEBLO.

Sobre todo, antes que todo, alabamos á Jehová  
y cantamos sus alabanzas.

SAMUEL.

¿Os acordais de la suerte de vuestros padres,  
aun despues del rescate?

EL PUEBLO.

Eran tambien desgraciados, si no esclavos.



SAMUEL.

¿Quién los protegió?

EL PUEBLO.

La República.

SAMUEL.

¿Quiénes los salvaron?

EL PUEBLO.

Los jueces de la República.

SAMUEL.

¿Y pedis rey?

EL PUEBLO.

Sí, sí.

SAMUEL.

¿Y no temeis la cólera de Jehová?

EL PUEBLO.

Jehová se apiadará de nosotros.

SAMUEL.

De vosotros, esclavos voluntarios?

EL PUEBLO.

Queremos rey.

SAMUEL.

Lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.

SAMUEL.

Ya está ungido.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.



## SAMUEL.

Oidme. Voy á daros cuenta del tiempo en que yo he gobernado sobre vosotros, y entre vosotros he juzgado. Si desconocí alguna ley, decidmelo, para que corrija mi entuerto. Si me quedé con un as de vuestro dinero, decidmelo tambien para que os lo reintegre. Si al pedirme justicia torcí el afecto mi ánimo, ó el interés me descaminó de las vías rectas, notificadlo, para que os pida perdón. Yo no creo haber puesto la mano ni sobre vuestras tierras, ni sobre vuestros ganados. Yo no creo haber faltado ni al dolor de la viuda, ni á la castidad de la casada, ni á la virginidad de la doncella. Yo no creo haber agraviado á ningun hijo de Israel en su honra, ni haber desavenido ninguna familia, ni haberme quedado con ninguna herencia. Vais á juzgar á vuestro juez. Juzgadme con la misma pureza de ideas, con el mismo desinterés de móviles, con la misma claridad de conciencia con que yo os he juzgado á vosotros, hijos de Israel.

## EL PUEBLO.

Tú has sido un buen juez, y serás alabado y bendecido de generacion en generacion.

## SAMUEL.

Estabais en la esclavitud, y de la esclavitud sallisteis para fundar la federacion, segun los divinos preceptos. Vuestra ingratitud os empeñó en la idolatría. Dios se irritó contra vosotros, y volvisteis á caer bajo el yugo de extraños reyes. Pero os libertaron vuestros jueces con su sabiduría, con su valor, con sus fuerzas; y ahora vais á caer nuevamente en manos de los reyes. Los pueblos de Oriente los tienen y son tratados como los camellos en las caravanas. Los pueblos de Oriente los tienen, y por eso tienen tambien la plaga de la idolatría. ¡Quiera el cielo que vuestras esposas no sean sorprendidas en su sueño, que vuestras hijas no sean tasadas y vendidas en los mercados para los serrallos, que vuestros hijos no mueran la mitad al filo de la espada, y la otra mitad bajo el peso de las cadenas; que no echen los vencedores suertes sobre vuestras túnicas, y en partijas no dividan vuestras haciendas! Habeis imitado á los pueblos de Oriente, habeis querido un rey en lugar de un juez; ¡que la divina cólera os perdone!

## EL PUEBLO.

Queremos rey como las tribus guerreras, como los pueblos poderosos.



SAMUEL.

Gran pecado; el mayor que habeis en vuestra pecaminosa vida cometido.

EL PUEBLO.

Queremos tener á nuestro frente un caudillo fuerte, como los demás pueblos.

SAMUEL.

Sea en buen hora. Mas ¿quereis saber el juicio de Dios respecto á vuestro deseo?

EL PUEBLO.

Queremos.

SAMUEL.

Mirad vuestros campos: los ha dorado el sol. Levántanse á millares las ténues cañas de trigo, cimbreadose al beso del aire, y á la pesadumbre de la madura espiga, cuyos granos rebientan ya en la película adornada por la punzante y agudi-

sima arista. Los ojos se alegran en contemplar el oleaje que forman las espigas mecidas por las áuras; los oídos se extasian en escuchar su melódico rumor, y el ánimo se recrea en esperar que satisfagan mañana el hambre de innumerables familias. ¿Quereis que os demuestre Dios su ira sobre vuestros campos?

EL PUEBLO.

Jehová, Jehová, nube negrisima se ha formado de súbito entre los remolinos del huracan. En sus senos el relámpago brilla, el trueno suena y el rayo centellea. Mares de granizo caen entre espesa torrencial lluvia, conducida por el huracan y dispersada en espirales horribles á los cuatro vientos. Las espigas han caido deshechas. Sus aristas han volado. Hasta la paja se ha consumido tan rápidamente como el centelleo del relámpago. Ya no tenemos pan para nuestros hijos, no tenemos pan que los alimente.

SAMUEL.

Pero teneis rey que los esclavice.



EL PUEBLO.

Intercede por nosotros.

SAMUEL.

Dios mio, recuerda la debilidad de tu pueblo y perdónalo si en su miseria ha querido elegir un rey. Aparta de su frente la mano de tu justicia. Él tenía tu nombre incomunicable por monarca, tu ley sacratísima por gobierno; él vivía en república patriarcal, y ha querido una monarquía asiática. Yo he ungido su monarca en el aceite de aquel árbol que indicó á Noé la paz recién restablecida, despues del diluvio, entre el cielo y la tierra, aquella paz anudada por el anillo del iris. Yo le he ungido con el aceite de ese árbol que mantiene la luz sobre la tierra, yo le he ungido para que ilumine; mas yo temo que él á su vez unja tu pueblo con sangre. Señor, ya que tantos pecados perdonaste á Israel, perdónale el mayor de todos, perdónale el haber querido un rey.

EL PUEBLO.

La nube se disipa como una humarada. El vien-

to se retira, y de huracan se convierte en céfiro. Las gotas de la lluvia suspensas de la rama de los árboles, parecen gotas ténues de rocío. El viento, que antes nos azotaba, nos orea ahora con sus caricias el rostro. Samuel, Samuel, muéstranos pronto, muy pronto, muéstranos nuestro rey.